



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

NEUMATOLOGÍA

EXPONE

• Esteban Beitze •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 5

V. Dones espirituales (segunda parte)

1. Dones vigentes
2. El reparto de los dones



V. Dones espirituales (segunda parte)

1. Dones vigentes

En el siglo XX surgen varios movimientos llamados “carismáticos” que han puesto un nuevo molde sobre los evangélicos. A pesar de que la teología sistemática ha sido objeto de estudio en el correr de la historia de la iglesia, el asunto de los dones, y qué dice la Biblia acerca de ellos, pertenece a un estudio más reciente. Fue a partir de este siglo que muchos eruditos comenzaron a profundizar en la rama de la pneumatología, por lo que, hasta el día de hoy, podemos afirmar que se trata de la rama de la teología sistemática menos estudiada.

Dentro de los primeros tres siglos, el Espíritu Santo fue declarado una persona de la Trinidad, sin embargo, no se profundizó demasiado en su naturaleza, pues carecía de algún tipo de controversia entre los cristianos. No obstante, las cosas han cambiado. La pneumatología ha generado múltiples interpretaciones, muchas veces confusas. En por eso que es necesario una buena hermenéutica, con el fin de fundamentar bien la enseñanza bíblica respecto al Espíritu Santo.

Dentro de las discusiones variopintas respecto al Espíritu, tal vez uno de los temas de más controversia sea la vigencia de los dones espirituales, sobre todo aquellos vinculados a las señales y los milagros.

Cada creyente participa del Espíritu Santo y está unido a Cristo por medio de Él: “... *por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia*” (2 P. 1:4). Las palabras clave en este pasaje son “participantes de la naturaleza divina”; esto es posible gracias a que hemos recibido las promesas de la salvación. Es gracias a que el Espíritu Santo mora en nosotros que podemos vivir en victoria en una nueva naturaleza. No es posible servir a Dios sin la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas. Dios quiere guiar todo nuestro ser a través de Su Espíritu, quien a su vez nos enseña la Palabra.

Existen tres posiciones erradas respecto al Espíritu Santo. Algunos acostumbran a exagerar la verdad respecto al Espíritu, ignorando o distorsionando las doctrinas de los apóstoles. Por ejemplo, sacan a Cristo de en medio de la iglesia para colocar allí al Espíritu. Lamentablemente, podemos ver el otro extremo. A causa de un rechazo a las iglesias hiperemocionalistas, muchos han divorciado la doctrina del Espíritu Santo desvinculándola de la vida práctica: no se enseña ni se predica respecto a la obra del Espíritu.



Luego están aquellos que consideran al Espíritu Santo como una fuerza, un poder o una energía divina sin personalidad, es decir, rechazan la idea de que es una persona. Todo el énfasis radica en el poder para hacer milagros, descartando el verdadero propósito del Espíritu de Dios: acercarnos de manera íntima a Jesucristo.

Las distintas visiones del Espíritu Santo hacen imperativo un estudio serio de la Biblia al respecto, con el fin de diferenciar las experiencias personales de la enseñanza bíblica. Nadie duda respecto a la existencia de dones espirituales y su importancia en el servicio a la congregación, sin embargo, debemos analizar el énfasis que las Escrituras dan a este tema.

No existe en la Biblia un mandamiento que diga “busca tu don, averigua cuál es”; tampoco se enfatizan demasiado los dones en el Nuevo Testamento: la mayoría de ellos son mencionados una sola vez y no se los describe demasiado. Es de esperar que el creyente manifieste su don de manera natural, de forma consciente o inconsciente.

Debemos ser muy disciplinados para aceptar la verdad bíblica y no ser arrastrados por la influencia de muchas iglesias que dicen experimentar al Espíritu Santo a través de milagros impresionantes en sus iglesias, muy similares a los que pueden verse en sectas y tribus, con momentos de éxtasis que recuerdan a un trance chamánico.

Algo es cierto, la Biblia tiene más que decir respecto a los dones “milagrosos” que de los demás dones, los cuales apenas son mencionados. Mientras es escasa la mención del don de ayuda, se dedican tres capítulos al don de lenguas.

La palabra “carisma” viene de un término griego que significa “regalo”. Esto era aplicable a todos los dones espirituales utilizados para servir al otro: don de misericordia, de evangelista, de maestro, etcétera. En todos estos casos se decía que el creyente había recibido un carisma. Esta palabra se deriva del término *caris* ‘gracia’. Por lo tanto, un don espiritual es una capacidad especial, dada por el Espíritu Santo a cada creyente, para el servicio en y para la congregación, con el propósito de que esta alcance una mayor unidad, madurez y tamaño. Dicho esto, un carismático es todo aquel que haya recibido un carisma. Por lo tanto, si toda persona que ha nacido de nuevo tiene al menos un don, todo creyente en Cristo es carismático: *“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho”* (1 Co. 12:4-7). Sin embargo, en la actualidad este término se ha utilizado para describir a aquellos que hablan en lenguas o practican sanidades, identificados como “movimiento carismático”.

Aunque en el Nuevo Testamento se nos revelan diecinueve carismas o dones, en el sentido popular la palabra “carismático” se aplica tan solo a los que hablan en lenguas y practican sanidades.



Aunque no tocaremos este tema, es importante aclarar que existen diferencias entre los pentecostales y los carismáticos. La iglesia carismática nace de la iglesia pentecostal casi sesenta años después de que esta sea fundada. Su máximo exponente fue Dennis Bennet, un pastor de la iglesia episcopal.

El don de lenguas es uno de los diecinueve dones del Espíritu. Ha sido interpretado de dos maneras dentro del movimiento carismático: un don que tiene la función de que el orador hable un idioma desconocido para él (xenoglosia) o un don para hablar “lenguas angelicales”, desconocidas por todo ser humano, por no tratarse de una lengua terrenal (glosolalia).

En la práctica, las personas que practican este don, basados en la segunda interpretación, parecen estar en un estado de trance y balbucean sílabas repetitivas carentes de sentido. A veces la persona no es consciente de que ha hablado en lenguas. Estos creyentes llaman al momento de éxtasis “ser dominado por el Espíritu Santo”, puesto que pierden el control de sí mismos. Aseguran que esta experiencia mística produce una comunicación íntima y sobrenatural con Dios, imposible de alcanzar con las limitaciones del lenguaje humano. Según ellos, este tipo de lenguaje celestial no es objeto de un análisis lingüístico humano.

La palabra griega para “lengua” es *glossa* (referido al órgano del habla) o *dialektos* (las variedades en la lengua). El primer caso es traducido como órgano del habla unas 15 veces en el Nuevo Testamento. Una sola vez aparece para “lengua de fuego”, siete veces es utilizada para distinguir el idioma de la gente o de las naciones y veinticinco veces para referirse a hablar un idioma. En ninguna parte del Nuevo Testamento hace referencia a hablar de manera extática. La palabra indicada para hablar una lengua mística o celestial es *glosolalia*, pero este término no aparece en el Nuevo Testamento. Lo mismo sucede con la palabra griega *phtheggomai* (‘pronunciar’) que se utilizaba para referirse al lenguaje de los ángeles. En Hechos 2 se utiliza la palabra *glossa*, vinculada más bien con la xenoglosia, un poder especial para predicar el evangelio a todos los presentes a pesar de las diferencias lingüísticas.

En el griego clásico la palabra *glossa* ‘lengua’ se utilizó también para hablar de vocablos extraños que necesitaban ser explicados, sin embargo, eran palabras que pertenecían al lenguaje humano, a pesar de tratarse de expresiones “raras” o muy metafóricas. Es decir, se refería a palabras que tan solo eran utilizadas por algunos pocos intelectuales. Aristóteles utilizaba la expresión *glotta* para hablar de este tipo de palabras (*glotta* es igual a *glossa* en el dialecto ático), o su plural *gottai* ‘palabras extrañas’. Este uso de “palabras extrañas” era algo típico de los poetas místicos.

Algunos carismáticos tratan de probar que la palabra *glossa* era utilizada por sectas judías, antes del cristianismo, para referirse al hablar extático. Para esto citan varios pasajes de Job donde parecería haber un uso poético de esta expresión.



Sin embargo, en ninguna de estas referencias aparece la palabras *glossa*, sino *apophtheggomai*, palabra muy extendida en los pueblos paganos para referirse al hablar extático (Job 48:2-3, 49:2, 50:1-2, 51:4). Este término ha sido empleado de esta manera en el contexto pagano, no obstante, es utilizado tres veces en el Nuevo Testamento, sin insinuar de ninguna forma un hablar extático. Por ejemplo, en Hechos 4:18 se les ordena a los discípulos a no hablar (*apophtheggomai*) en el nombre de Jesús. En Hechos 26:25 Pablo dijo: “... hablo [*apophtheggomai*] palabras de verdad y de cordura”. En 2 Pedro 2:16, Pedro cuenta cómo una bestia de carga le habló (*apophtheggomai*) a Balaam. Claramente en ningún caso habla de un lenguaje extático, sino de una lengua inteligible.

Otro intento de defensa de las lenguas es citar el pasaje de Isaías 29:24, donde la Septuaginta utiliza la palabra *glossa*. Sin embargo, la traducción al español hace desaparecer la duda al traducir “murmuradores” (gr. *ragan*), los que hablan mal porque no saben, estos son los que “aprenderán doctrina”. Además, citan Isaías 32:4 donde podemos ver una correcta traducción en el castellano: “... y la lengua de tartamudo hablará rápida y claramente”. En Isaías 28:10 parece que Isaías menciona una serie de palabras desordenadas, como si se tratara de un borracho (algo que en el contexto tiene mucho sentido), sin embargo, el profeta no está hablando ni escribiendo en lenguas, sino que simplemente utiliza el recurso retórico de la aliteración para crear una sonoridad similar a la de un tartamudo: “*tzav latzav, tzav latzav, qav laqav, qav laquav*”. Como dice el siguiente versículo: “*porque en lengua de tartamudos, y en extraña lengua hablará a este pueblo*”. Debemos entender la expresión “extraña lengua” como “lengua extranjera”. En el contexto de este pasaje, es fácil ver que si los israelitas se negaban a escuchar a Isaías, Dios los obligaría a escuchar a los asirios en su idioma. Es más, la palabra traducida “tartamudo” en el versículo 11 (*la’ag*) tiene el significado de “despreciar o ridiculizar”, por lo tanto, no solo hace referencia a la extrañeza de un idioma extranjero, sino también a su contenido: los asirios los dejarían en ridículo.

En síntesis, no hay evidencia que indique que la palabra *glossa* signifique algo distinto a un idioma humano. Las palabras utilizadas para lenguajes místicos no aparecen en el Nuevo Testamento. Esto es crucial a la hora de entender pasajes como 1 Corintios 14. Decir que este pasaje es una excepción sería romper con todas las reglas de la lingüística y hermenéutica, donde la palabra *glossa* pasara a tener una nueva definición fuera del contexto bíblico y del uso histórico gramatical. Para hacer esto habría que probar que el contexto demanda algo diferente. Hay varios pasajes en disputa en este sentido. Por ejemplo, Marcos 16:17: “*Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas*”. Sin embargo, no hay razones para creer que se trata de lenguas angelicales, sino simplemente de lenguas desconocidas para ellos. El griego utiliza normalmente dos palabras para “nuevo”: *neos* y *kainos*.



El pasaje utiliza la expresión *kainos*, que significa algo no acostumbrado, es decir, no eran desconocidas por ellos, sino que simplemente no acostumbraban a hablarlas. Dicho de otro modo, se trataban de lenguas extranjeras. La misma expresión aparece en Hechos 2 cuando dice “otras lenguas”. En este caso utiliza la expresión *heteros* (otras) en el sentido de distintas. La expresión *kainos* y *heteros* pueden ser utilizadas como sinónimos en este contexto. En Hechos 10:46 sucede lo mismo que en el Pentecostés. En este caso, sabemos con claridad que se trata de idiomas extranjeros, pues muchas personas podían entender que glorificaban a Dios con sus palabras, es decir, diferentes personas de distintos orígenes eran capaces de entender lo que hablaban: “*Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios*”. Algo similar ocurre en Hechos 19:6 donde no podemos separar la acción de profetizar con la de hablar en lenguas. Por lo tanto, si profetizaban era para que las naciones escucharan, pues no es posible predecir a alguien un hecho futuro sin que el mensaje sea expresado en términos humanos: “*Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban*”.

En Hechos 2:6 y 8:11 se utiliza dos veces la palabra *glossa* y dos *dialektos*, sin embargo, son usadas como sinónimos para expresar “hablar de manera milagrosa una lengua humana”. La expresión *dialektos* se utiliza en frases como “*su propia lengua*” y “*nuestra lengua en la que hemos nacido*”, algo que claramente no hace referencia a un lenguaje extático. Es más, la sorpresa de los extranjeros no hubiera sido tal si se hubiese tratado de un lenguaje extático, pues era común escuchar este tipo de jitanjáforas en el paganismo de aquellos tiempos.

Algunas personas utilizan el argumento de que los discípulos eran acusados de estar ebrios. Sin embargo, esto aparece en el mismo pasaje donde dice “*¿Cómo pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido*”, por lo tanto, no todos creían que estaban borrachos, sino solo algunos: “*... otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto*”. La respuesta a esto es sencilla: quienes escucharon hablar su idioma se asombraban, pero quienes escucharon hablar otra lengua que no eran capaces de entender, creyeron que los discípulos estaban alcoholizados”. Además, no debemos olvidar que esto decían en manera de burla, lo que da lugar a una manipulación de los hechos que en realidad observaban. Por último, utiliza el término *heteros* para “otros”, es decir, otros de distinta clase. Esto es diferente al término *allos* utilizado para designar a otros de la misma clase. Por lo tanto, pueden verse dos grupos bien marcados en este texto. Es probable que los *heteros* fueran judíos, pues no se sorprenderían al escuchar su propia lengua, aunque sí de escuchar una cantidad de lenguas extranjeras dichas por un grupo de judíos ignorantes, como podemos ver más adelante en Hechos 4:13: “*Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús*”.



Otro argumento está en el uso que Pablo hace del verbo *laleo* ‘articular’ en vez de *lego* ‘decir’ cuando habla de las lenguas. Los carismáticos afirman que Pablo utiliza este término para referirse a “articular de manera extática” en 1 Corintios 14. No obstante, la palabras *laleo* es utilizada 295 veces en el Nuevo Testamento. Solo 30 veces hace referencia al don de hablar en lenguas, en las otras 265 se refiere, sin discusión, a hablar un idioma o lenguaje inteligible y contemporáneo. En Hechos 2:6 se utiliza 5 veces esta palabra al hablar de *dialektos* (lengua actual). También es utilizado 5 veces en 1 Corintios 14 para referirse al lenguaje entendible en contraste con las lenguas que el oyente no era capaz de entender. Esto se ve claramente en el versículo 16: “*Porque si bendices solo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho*”. En este caso, el verbo para “dirá” es *lego*, por lo tanto, ambas son utilizadas como sinónimos.

Robert H. Gundry dice que el uso de *laleo* en 1 Corintios 14 proviene del uso que hace Isaías 28:11 en la versión LXX. Este pasaje es la base del Nuevo Testamento para el uso de las lenguas como una señal.

Una vez descartado el don de lenguas como la expresión extática de una lengua no humana, debemos entender que fue necesario la presencia de apóstoles en las tres situaciones donde se manifestaron lenguas. En el caso de Pedro, estuvo presente en la evangelización de los judíos (Hechos 2), de los samaritanos (Hechos 8) y de los gentiles (Hechos 10). Por lo tanto, un apóstol estuvo presente en cada etapa de extensión del evangelio. Eran los discípulos de Jesús quienes tenían la tarea de confirmar el mensaje de su maestro. Los apóstoles eran los responsables de cumplir con la Gran Comisión, con el fin de que su legado continúe hasta la actualidad. Fueron ellos quienes predicaron en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra conocida. Los primeros siete capítulos del libro de Hechos narran la obra evangelística en Jerusalén y Judea, y a causa de la persecución en el capítulo 8, Felipe llegó a Samaria. La huida de los discípulos hizo que el evangelio llegase a todas partes. Era necesario un evento sobrenatural para que los de Jerusalén y Judea aceptaran a los samaritanos como hermanos, puesto que los judíos aborrecían a los samaritanos por no ser puros, habiéndose mezclado con naciones paganas. En todos los casos, también con los gentiles, fue necesario convencer a los judíos a través de manifestaciones divinas muy claras, con el fin de mostrarlos como creyentes genuinos. La señal para esto era generalmente el de lenguas. Felipe no solo les había compartido el mensaje del evangelio a los samaritanos, sino que además los bautizó. Los apóstoles Juan y Pedro llegaron para confirmar y dar testimonio a los judíos de que estos eran hermanos. Esto debía hacerse sí o sí por medio de una señal clara.



En Hechos 10 encontramos la conversión de los gentiles. En aquel entonces no había creyentes gentiles. Al igual que en el caso de los samaritanos, los gentiles no eran bien vistos por los judíos, por lo que su aceptación dependería de una señal clara de parte de Dios: la manifestación de las lenguas. Es claro el paralelismo con Hechos 2, casi como una repetición de la misma experiencia, como leemos en Hechos 11:15-17: *“Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio [el día de Pentecostés]. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros [en el día de Pentecostés] que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?”*, por lo que no hace falta que expliquemos que no se trataba de lenguas extáticas, sino de idiomas.

En cada una de estas referencias las lenguas fueron una señal a los judíos, nunca a los gentiles o a la misma persona. En Hechos 2 había que convencer a los judíos del comienzo de una nueva era, en Hechos 8 de que los samaritanos fueron salvos y en Hechos 10 de que los gentiles recibían al Espíritu Santo.

Casi veinte años después del Pentecostés, Pablo se encontró en Éfeso con doce discípulos de Juan el Bautista, pero que no habían aceptado a Jesús. Ellos lo aceptaron y recibieron el Espíritu Santo. Hechos 19:2 aparece mal traducido en varias versiones. Una traducción más fiel con el original dice: *“¿recibisteis al Espíritu cuando creísteis?”* y no “después de que creísteis”.

Debemos entender que no se trataba de creyentes, sino de discípulos de Juan, por lo que seguían esperando al Mesías que había predicado Juan el Bautista, sin saber que ya había llegado. Aunque habían sido bautizados por Juan, un bautismo de arrepentimiento y preparación para la llegada del Mesías, tuvieron que bautizarse, como fue dicho en la Gran Comisión, en el nombre de Cristo.

En este caso, las lenguas fueron una señal a los judíos de que no alcanzaba con el bautismo de Juan, sino que debían depositar su fe en Cristo. Por lo tanto, el Señor obró con ellos como en Hechos 10.

Es claro que no existe un fundamento en que podamos basarnos en la actualidad para la práctica del don de lenguas. Las prácticas cristianas actuales respecto a este tema carecen de fundamento bíblico. El problema radica en la interpretación del libro de Hechos, el cual debe ser entendido como un libro histórico que cuenta lo sucedido en los primeros 28 años de la iglesia, siendo esta la transición del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento. La falta de apóstoles (aquellos que “oyeron” a Jesús directamente) en la actualidad ya es una limitante en para llevar a cabo estas prácticas, pues, como vimos, era necesaria la presencia de un apóstol para el repartimiento del Espíritu. La tarea de los primeros discípulos era la fundación de la iglesia y para esto, el Espíritu Santo obró de manera especial.

Por otra parte, en todos los casos de Hechos, el don de hablar en lenguas fue otorgado a todo el grupo.



En ninguna de esas ocasiones fue brindado solo a algunas personas del grupo, por lo tanto, si el don estuviese vigente, debería darse en todo el grupo a la misma vez.

Con respecto a la iglesia de Corinto, había una serie de abusos en los dones que hicieron que Pablo estableciera ciertas reglas displayadas en 1 Corintios 14. Una de estas reglas era que debían ser una señal para los judíos incrédulos: *“En la ley está escrito: En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor. Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos; pero la profecía, no a los incrédulos, sino a los creyentes. Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos? Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros”* (1 Co. 14:21-25). En el versículo 21, Pablo cita Isaías 28:11, pasaje que hace referencia a la destrucción de Israel, el cual hemos analizado antes. Esta es una profecía que ya ha sido cumplida, cuando los asirios llevaron a Israel a la cautividad. En este pasaje, la señal del juicio divino sería escuchar una lengua desconocida. La frase “Así que” del versículo 22 introduce una conclusión de aquello que se venía diciendo. Si el pasaje de Isaías habla de una lengua humana, también lo hace 1 Corintios 14. El mismo capítulo nos enseña el propósito que tenía hablar en lenguas: *“por señal [...] a los incrédulos”*. Esto no hubiese sido posible con un lenguaje extático tan extendido en la época. Ningún incrédulo diría que es milagroso hablar de esa manera, aunque sí lo diría si escuchara su lengua extranjera perfectamente hablada por extranjeros, lenguajes maternos muy particulares.

Ahora, ¿cuál era el juicio que esperaba a los judíos? Treinta y siete años más tarde, en el 70 d. C., los romanos destruyeron la ciudad. El remanente judío se rebeló en el 135 d. C. y fueron masacrados por los romanos. Desde ahí que Israel dejó de existir hasta el año 1948. Este juicio tuvo la señal de una lengua extranjera. Los que anunciaban estos juicios siempre eran apóstoles o profetas, los cuales mostraban las señales, siendo una de ellas el hablar en lenguas. Por lo tanto, luego del 70 d. C. o, si se prefiere, del 135 d. C., no tuvo más sentido el uso de las lenguas, pues el juicio ya se había cumplido. Una señal (*semeion*) es un milagro con un propósito ético. Su propósito era entre los incrédulos y no en la iglesia. Ni siquiera era recomendable que todos hablasen lenguas, pues de esa manera ponía tropiezo al mensaje del evangelio: *“Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?”* (v. 23). Estar locos es en griego *mainomai*, exactamente lo que los asemejaría con las reuniones desenfrenadas de los paganos. En resumen, la señal de las lenguas no es para la iglesia, sino para el pueblo de Israel: para convencerlos de pecado, para que den cuenta y mostrarles su situación ante Dios.



Pablo dejó un mandamiento muy claro: *“Hágase todo para edificación”*. Podríamos preguntarnos ¿en qué edifica a la iglesia en que todos comiencen a la vez a hablar palabras desconocidas, generando confusión? La palabra “edificación” es *oikodome* ‘construcción de una casa’, por lo tanto, se refiere a el crecimiento o mejora de algo. Según Efesios 4:12, los líderes deben edificar a los creyentes: *“... a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”*, pero también es la responsabilidad de cada creyente: *“... de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”* (v. 16). Cada creyente debe edificar la iglesia, como dice 1 Tesalonicenses 5:11: *“Animaos unos a otros y edificaos unos a otros”*.

Lo que ponemos en cuestión aquí es la duración de ciertos dones. Sabemos que por lo menos tres dones no son permanentes, pues 1 Corintios 13:8 dice: *“El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará”*. Ahora, la pregunta es cuándo estos dones se acabaron o se acabarán. Sigamos para esto enfocados en el don de lenguas, aunque la siguiente explicación será válida, en alguna medida, para los dones de sanidad y milagros.

Los carismáticos confirmarán la vigencia de todos los dones de la misma manera y esencia que en el siglo I. Para esto citarán pasajes como Hebreos 13:8: *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”*. Por lo tanto, si Jesús sanaba en ese tiempo, también lo hace en la actualidad. No obstante, este argumento resulta pobre: si Jesús es Dios, ¿por qué entonces no estaba sanando antes del siglo I? Si Jesús comenzó a sanar en un tiempo dado, entonces no siempre fue el mismo en el sentido de sus obras. Por otra parte, Jesús no siempre sanó, sino que vemos este tipo de manifestaciones luego de su bautismo en el río Jordán, y las dejamos de ver en el Cristo resucitado.

Sin embargo, no hace falta lo anterior si analizamos con honestidad el contexto de Hebreos 13, donde el autor compara a Jesús con los grandes líderes de la iglesia que habían muerto para ese entonces. Vemos en el versículo 7 que utiliza verbos en pasado que nos indican que estos líderes ya no estaban vivos: *“Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe”*. En este sentido, el mensaje de Hebreos era recordar las enseñanzas que estos pastores les habían dado, pues ya no estaban presentes, sin embargo, Jesús sí lo está. Él siempre es, porque siempre está. Él siempre nos ayudará. No es cuestión de recordarlo, sino de vivirlo. Podemos ver esto en la promesa de Jesús del versículo 5: *“... No te desampararé, ni te dejaré”*, por lo que podemos afirmar que *“El Señor es mi ayudador”* (v. 6). Como verán, nada tiene que ver esto con los milagros de Jesús.

Otra cuestión que podría surgir son las profecías veterotestamentarias respecto a una era de milagros, sin embargo, estas profecías son más aplicables a Israel en el tiempo milenial que a todo el período de



la iglesia. Puesto que hacen referencia directa a la nación de Israel, debe ser aplicado respetando esta referencia. Esto podemos verlo claramente en la profecía de Isaías 35:2-9: *“Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro. Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos. Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará. No habrá allí león, ni fiera subirá por él, ni allí se hallará, para que caminen los redimidos”*. Esta profecía aplica para las ciudades de Carmelo y Sarón, en el tiempo en que Dios vendría sobre ellas. En ese tiempo habrá abundancia de sanidades, no comparables con la época de Moisés, Elías o Jesucristo. La época de milagros a la que alude el profeta tendrá un alcance universal. Los discípulos vieron una imagen del pasaje de Isaías en las obras de Jesús: *“Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos. Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperearemos a otro? Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio”* (Mt. 11:1-5). Esta fue la evidencia de que Jesús era el Mesías que esperaban.

Lo mismo sucede en el Pentecostés cuando Pedro cita Joel 2:28-32. El apóstol no está enseñando que se estaba cumpliendo por completo la profecía, pues mucho de lo que dice Joel no había sucedido, sino que es capaz de ver una imagen de esa profecía, un adelanto, si se quiere, de lo que iba a suceder. Lo que Pedro intentó destacar es el derramamiento del Espíritu Santo, sin embargo, podemos ver en el contexto que Joel 2 habla de la completa restauración de Israel, algo que aún no ha sucedido. Tal vez Pedro tenía la esperanza de que todos los judíos reconocieran al Mesías y se arrepintieran, por lo que habría sobrevenido de ese modo la completa restauración espiritual de Israel.

Por supuesto, este análisis deja de lado la interpretación alegórica mística que utilizan muchos carismáticos, además de los amilenialistas, en donde todo puede ser interpretado como otra cosa alejada de su literalidad. Este método es tan subjetivo que hace imposible la aplicación de una hermenéutica efectiva.



Volviendo al pasaje de 1 Corintios 13:8, sabemos que en algún momento las lenguas iban a desaparecer. Si, como explicamos antes, las lenguas eran una señal para los judíos o incrédulos, tiene lógica que no siguieran vigentes luego de la destrucción de Israel en el año 70, por la sencilla razón de que ya no tendría sentido tal señal. Al igual que cesó el maná cuando el pueblo de Israel comenzó a comer del fruto de la tierra (Josué 5:12), las lenguas cesaron cuando ya no eran necesarias. Una vez que las acciones de Dios cumplen su propósito, dejan de existir.

Podemos ver en el pasaje de 1 Corintios que las lenguas están muy relacionadas con los dones de ciencia y profecía, puesto que estos tres dones se asociaban con la fundación de la iglesia. Sin duda, las lenguas están relacionadas con el período inicial de la iglesia. Pablo compara varios dones transitorios con la permanencia del amor: *“El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido”* (1 Co. 13:8-12). En todo el capítulo 13, Pablo utiliza adverbios de tiempo: *“cuando, entonces, ahora, mas entonces, mas cuando”*, por lo que podemos sospechar que este capítulo fue escrito para indicar el tiempo de finalización de estos tres dones. Si analizamos el contexto, vemos que Pablo compara su niñez con el desarrollo de la iglesia hasta ese momento. Dice que era niño, pero dejó de comportarse como un niño para convertirse en un hombre. Esto no era un tema de madurez, pues el Bar Mitzva judío es a los doce años, sino de responsabilidad. Aunque le quedaba mucho por aprender, ya no era un niño. Esta es precisamente la enseñanza de este capítulo, el desarrollo de la iglesia de niño a adulto. Al igual que en un niño de doce años, la madurez de la iglesia también es relativa. Pablo deseaba ver la adultez de la iglesia y para eso era necesario dejar algunas cosas. El verbo “dejar” (*katargeo*) del versículo 11 es el mismo que utiliza en los versículos 8, 10 y 12, donde se traduce como ‘acabar’ o ‘dejar’. El significado de esta palabra es “hacer inactivo, inoperante o inválido; abrogar; abolir”. La iglesia, aún inmadura, alcanzaría la madurez. La invalidez de los dones de profecía, lenguas y ciencia serían la transición de la niñez a la adultez de la iglesia.

En el capítulo siguiente, Pablo sigue motivando a los creyentes a no ser como niños en su manera de pensar: *“Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar”* (1 Co. 14:20). En este capítulo, Pablo dice a los corintios que están pensando mal respecto al verdadero propósito de las lenguas.

Los dones de ciencia y profecía fueron medios divinos para transmitir la Palabra de Dios hasta que fuese entregada la revelación divina.



A partir de allí, ya no fueron necesarios. Aunque no se menciona en el Nuevo Testamento al don de ciencia, con excepción de 1 Corintios 12 y 13, sabemos que está ligado al de profecía, por lo tanto, es de esperar que si uno pierde vigencia, también lo haga el otro.

En 1 Corintios 13, el don de lenguas se asocia con el don de ciencia y profecía. Es de esperar entonces que pierdan vigencia por su tipo de conexión.

Así como los apóstoles fueron imprescindibles para una época de la iglesia, y los profetas para otro, así cumplieron un rol fundamental quienes hablaban en lenguas, sin embargo, todos estos dones se limitaban a un propósito temporal.

Este capítulo enseña que los dones del Espíritu deben ser ejercitados con amor, buscando edificar al otro. Ningún don es válido si no se hace en amor, pero además, el amor es superior porque es perdurable a diferencia de la poca permanencia de algunos dones que se acabarán cuando venga “lo perfecto”. Sin embargo, ¿qué es lo perfecto?

Como vimos, la palabra griega *katargeo* nos indica en su forma pasiva que alguien (Dios) cortaría con estos dones en la iglesia. Sin embargo, cuando dice que las lenguas “cesarán” utiliza el verbo *pausontai* que significa “se parará por sí misma”. Por lo tanto, no sería Dios quien quite el don, sino que se hacen inservibles al dejar de tener un propósito, generando como resultado su desaparición. Dicho de otro modo: “dejarían de existir por sí mismas”. En el caso de los dones de profecía y ciencia, los cuales iban revelando de manera progresiva la Palabra de Dios, serían reemplazados en su totalidad por algo mejor.

Ahora, no hay referencia alguna de que el don de lenguas duraría hasta que viniese lo perfecto. Lo que se acabaría era aquello que era “en parte”, es decir, la profecía y la ciencia, no las lenguas: “*porque en parte conocemos y en parte profetizamos*” (v. 9). Por lo tanto, no puede asociarse la lengua con la venida de lo perfecto.

La palabra “perfecto” es *teleios* que en un significado más amplio quiere decir “meta, fin del desarrollo, cumplimiento de un proceso”. Por ejemplo, podemos ver en la versión LXX cómo se utiliza la palabra *teleios* en Esdras 9:1: “*Acabadas [teleios] estas cosas, los príncipes vinieron a mí, diciendo: El pueblo de Israel y los sacerdotes y levitas no se han separado de los pueblos de las tierras, de los cananeos, heteos, ferezeos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos, y hacen conforme a sus abominaciones*”.

En Filipenses 3:15, Pablo se incluye a sí mismo entre los perfectos: “*Así que, todos los que somos perfectos...*”, sin embargo, unos versículos antes, había dicho lo siguiente: “*... que no lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto, sino que prosigo...*”.



Obviamente está utilizando un sentido relativo y otro absoluto. Pablo era “perfecto” de manera relativa, pero aún no había llegado a la perfección absoluta. En Efesios 4:13 dice: *“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”*. Este “varón perfecto” se contrasta con los “niños fluctuantes” del versículo siguiente: *“... para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error...”*. Por ende, la perfección es tomada como una etapa de madurez en la que se deja la niñez para ser adultos, como ocurre en 1 Corintios 13. Se refiere al proceso de alcanzar una meta. Ejemplos de esto hay por todo el Nuevo Testamento.

Si en 1 Corintios 13 la palabra *teleios* es utilizada de manera relativa y no objetiva, podría referirse al día en que todo el mensaje de Dios sea revelado y ya no solo en parte.

El don de sanidad es la capacidad de sanar o curar enfermedades por medio de la oración o la declaración. Este don parece estar en gran número en los movimientos carismáticos, donde muchas veces se hacen cultos especiales para manifestar sanidad, convirtiéndose en la experiencia más natural. Se hace énfasis en que Cristo no solo llevó en la cruz los pecados de la humanidad, sino también las siete “enfermedades”, por lo tanto, se puede pedir no solo por el perdón de los pecados de alguien, sino también por su sanidad como parte de la salvación. Si pensamos de esa manera, ningún creyente debería estar enfermo, pues así como tiene salvación, debería también tener sanidad. Con todo este énfasis intentan convencer a las personas que la iglesia actual es igual a la iglesia primitiva y que las señales de los apóstoles y los eventos milagrosos del libro de Hechos están tan vigentes hoy como en ese tiempo. Es más, lo que intentan es convencer a las personas de que la iglesia carismática es la iglesia primitiva. Además del hablar en lenguas y hacer sanidades, existe el don de hacer milagros, prodigios y señales. Aunque estos son diferentes a las sanidades del Nuevo Testamento, tienen puntos en común, sobre todo en la exhibición de manifestaciones, además, una sanidad también es un milagro o señal. Un milagro es una manifestación de poder (*dunamis*). Sin embargo, los “milagros” en la Biblia están relacionados con los apóstoles más que con los creyentes en general, por esto se llaman *“señales de apóstol”* (2 Co. 12:12).

La preguntan que muchos se hacen en la actualidad es ¿hay todavía milagros bíblicos?

Muchos carismáticos defienden los milagros y las lenguas basados en las señales indicadas en Marcos 16:17-18: *“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”*. Ahora, nos podríamos preguntar por qué de estas cinco señales solo practican tres. ¿Qué sucede con la señal de tomar veneno o tomar con la mano



una serpiente? Obviamente, los carismáticos calculan el riesgo, aunque podríamos criticar el hecho de elegir tres y descartar dos, rechazando parte de la enseñanza bíblica.

El problema aquí es que se ignora el tiempo del verbo en griego. Las traducciones lo traducen en un tiempo presente: *“Estas señales seguirán a los que creen”* (v. 17). No obstante, el verbo “creen” se encuentra en el tiempo aoristo, un tiempo pasado, por lo que debería haber sido traducido de la siguiente manera: *“Estas señales seguirán a los que creyeron”*, refiriéndose seguramente a los primeros discípulos de Jesús.

Además, debemos atender al contexto. En Marcos 16:20 dice que *“... ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían”*. Debemos notar el énfasis en la palabra “ellos”, los once del versículo 14: *“Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado”*.

El verbo “confirmar” del versículo 20 es *bebaioo*, y podemos verlo, por ejemplo, en Hebreos 2:3-4: *“... ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada [ebebaiothe (aoristo pasivo de bebaioo)] por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad”*. Este pasaje hace referencia al ministerio de la confirmación, en donde se clasifican tres tipos de personas: el Señor, que anunció el evangelio, los que oyeron el mensaje del Señor y lo confirmaron, y los que observaron la confirmación de los anteriores, pero no participaron en tal confirmación. El uso del verbo en aoristo nos indica que la confirmación no estaba sucediendo en el momento en que se escribía Hebreos (64 d. C. apróx.), sino que había sucedido antes. Por otra parte, dice “ellos” y no “nosotros”. Se trataba de un grupo especial, en el que Dios testificó por medio de ellos *“con señales y prodigios y diversos milagros”*, la mismas palabras utilizadas para describir el ministerio de los apóstoles, incluido el de Pablo: *“... con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo”* (Ro. 15:19); *“Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros”* (2 Co. 12:12). Solo Felipe, Esteban y Ananías hicieron milagros en el Nuevo Testamento sin ser apóstoles, y es posible que hayan oído el mensaje directo de Jesús en su ministerio.



2. El reparto de los dones

Con respecto a los dones espirituales vigentes deberíamos tener en cuenta algunos principios.

En primer lugar, debemos ser agradecidos, pues Dios no hace las cosas a la ligera. Que tengamos un don específico depende directamente del propósito que Dios tiene para nuestras vidas y de lo que haya preparado de antemano para nosotros: *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (Ef. 2:10). En 1 Corintios 12:11-18, Pablo enseña sobre la importancia de los dones: *“Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso”*.

En segundo lugar, no deberíamos enorgullecernos o jactarnos de nuestros dones. En 1 Corintios 4:7 el apóstol dice: *“Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”*. Como ya dijimos, los dones no se nos han dado por algún mérito propio, sino por la gracia de Dios: *“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe”* (Ro. 12:6).

En tercer lugar, debemos tener sumo cuidado en idolatrar a alguna persona por sus dones. En 1 Corintios 3:3-7, 21-23 leemos acerca de una iglesia que se dividió por idolatrar a varios líderes de renombre: *“... porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? ¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. [...] Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios”*. Ninguno de estos tres líderes estuvo en la iglesia cuando ocurrió la división ni tuvo parte en ellas, sin embargo, algunos de la congregación preferían escuchar a uno y no a otro.



Habían creado una lista de superioridad al comparar sus dones, algo que para nada contribuía a la unidad de la iglesia.

En cuarto lugar, no debemos envidiar jamás los dones de otro cristiano. Parte de ser agradecidos es aceptar lo que Dios nos ha dado. Debemos hallar satisfacción en los dones que se nos han dado, puesto que son parte de un propósito divino más grande.

Tal vez una de las preguntas más difíciles de contestar es si la lista de dones que aparece en la Biblia es completa. Aunque no podemos dar una respuesta exacta, siempre es mejor ver los dones registrados en la Biblia como una lista completa, pues cada variación puede ubicarse dentro de un don o dentro de varios. Los dones no son algo cerrado a una única función, sino que tienen la amplitud necesaria como para cubrir las diferentes áreas del ministerio. Ahora, hay por lo menos dos dones más que no están en las listas dadas por Pablo, aunque sí son mencionados por el apóstol: el don de celibato y el don de la hospitalidad. 1 Corintios 7:7 dice: *“Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro”*. Según este pasaje, lo contrario al don de celibato es el don de estar casado, en este sentido, hablaríamos de dos dones opuestos: el don de continencia y el don de casado. La diferencia con los otros dones es que tanto uno como el otro no tienen un ejercicio directo para la edificación de la iglesia, aunque podrían ser de utilidad para ejercer otros dones con mayor libertad o fortaleza.

El don de hospitalidad aparece en 1 Pedro 4:9-10: *“Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”*, aunque no podemos negar que tiene mucha similitud con el don de servicio, pues entra dentro de los requisitos para los ancianos, los cuales deben ser serviciales: *“... sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo”* (Tit. 1:8).

Algo importante es que, a pesar de que algunos oficios puedan ser exclusivos para un sexo, no pasa lo mismo con los dones. Los dones no son exclusivos de uno u otro sexo, pues no necesariamente el don designa una responsabilidad puntual en la iglesia.

Por otra parte, el hecho de que no tengamos un don específico no nos libra de obedecer los mandamientos relacionados a este. A todos los dones, menos los milagrosos, corresponden mandamientos que son para todos los creyentes. La Biblia nos manda a repartir: *“En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas”* (1 Co. 16:1-2), sin que necesariamente tengamos el don de repartir: *“... el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el*



que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Ro. 12:8). Lo mismo sucede con el evangelismo: “... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8); la exhortación: “También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos” (1 Ts. 5:14), “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Col. 3:16); el servir o ayudar al prójimo: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros” (Gá. 5:13); discernir: “Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Ts. 5:21), “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Jn. 4:1); y enseñar: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos...” (Col. 3:16). El Espíritu nos capacitará para obedecer cada uno de estos mandamientos y edificar así a la iglesia, con independencia de nuestro don. Tal vez no sea comparable con el servicio excepcional que, a diferencia de nosotros, brinden en esa área aquellos que poseen el don, pero de todas formas la obediencia traerá frutos.

Como enseña Efesios 2:20-21, los apóstoles y los profetas eran el fundamento de la iglesia: “... edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”. Estas funciones cesaron tras la muerte de los apóstoles y profetas. Nadie puede sumarse a este fundamento. Pasado ese tiempo, han sido reemplazadas por las funciones de los evangelistas, pastores y maestros. Sin embargo, estos no son el fundamento, sino parte de la edificación que se levanta sobre el fundamento de los apóstoles y profetas del siglo I: “... en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2:22); “... a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Ef. 4:12-16). Estas son las tres áreas de liderazgo de la iglesia: evangelista, pastor y maestro.

El don de evangelismo se mantiene vigente, pues no existe en la Biblia alguna declaración que nos



haga pensar lo contrario. El verbo *euangelizo*, y sus derivaciones, significan “llevar o anunciar buenas noticias”. En la LXX podemos ver que en el Antiguo Testamento tenía el significado de anunciar algo importante, no obstante, la palabra fue mudando su significado a “noticias buenas”. En el Nuevo Testamento esta palabra se utilizó para describir el anuncio del mensaje de salvación.

Felipe era evangelista: *“Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; entramos en casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los siete, y nos hospedamos con él”* (Hch. 21:8). Sin embargo, ¿cuál era la responsabilidad de los evangelistas? Efesios 4:11-12 nos dice al respecto: *“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”*. Según este pasaje, la responsabilidad del evangelista es *“perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”*, es decir, entrenar a otros.

Analicemos el ministerio de Felipe el evangelista: *“Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. La gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía, pues de muchos que tenían espíritus impuros, salían estos lanzando gritos; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad. Pero había un hombre llamado Simón, que antes ejercía la magia en aquella ciudad y que había engañado a la gente de Samaria haciéndose pasar por alguien importante. A este oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, y decían: ‘Este es el gran poder de Dios.’ Estaban atentos a él, porque con sus artes mágicas los había engañado por mucho tiempo. Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres. También creyó Simón mismo, y después de bautizado estaba siempre con Felipe; y al ver las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito [...]. Un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: ‘Levántate y ve hacia el sur por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto.’ Entonces él se levantó y fue. Y sucedió que un etíope, eunuco, funcionario de Candace, reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros y había venido a Jerusalén para adorar, volvía sentado en su carro, leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: ‘Acércate y júntate a ese carro’”* (Hch. 8:5-13, 26-29).

Felipe predicó (*kerusso*) a Cristo en Samaria, haciendo varios milagros, predicó el reino de Dios, y bautizó a aquellos que creyeron. El Espíritu Santo lo llevó a otro lugar, hacia el encuentro de un hombre, al cual le compartió el evangelio y lo bautizó. Luego, el Espíritu volvió a llevarlo a otro lugar y Felipe comenzó a predicar el evangelio por todos los lugares a los que viajaba.

Sin duda, el ministerio de Felipe era itinerante, pues viajaba para predicar el evangelio a los no creyentes y, en ocasiones, bautizarles.



Los milagros de Felipe no eran un requisito para los evangelistas, pues nada de eso sucedió, por ejemplo, con el eunuco. Por lo tanto, debemos verlo como algo especial para esa época. Además, no existe en el Nuevo Testamento algún pasaje que enseñe que los evangelistas deben hacer milagros. Sin duda, el avivamiento en Samaria fue un evento único y particular. Se trataba de la primera vez en que el evangelio era predicado a un pueblo no judío. Si se exige a los evangelistas hacer milagros, entonces se les debe exigir también ser transportados por el Espíritu Santo de un lugar a otro. Inicialmente, la predicación del evangelio estuvo acompañado de muchas señales, sin embargo, cumplían un rol específico en esa época.

En la actualidad, el evangelista es parecido al misionero, con la diferencia de que no siempre debe traspasar una barrera cultural. Los evangelistas de hoy tienen como propósito llevar a los incrédulos a la iglesia para que escuchen el evangelio.

Las personas con este don deben recibir motivación y ser ayudadas para compartir el evangelio a la mayor cantidad de inconversos posible. Estos creyentes están apasionados por rescatar del juicio a los perdidos, comunicando con claridad y efectividad el mensaje de salvación. Es una obra al cual todos estamos llamados: “... haz obra de evangelista...” (2 Ti. 4:5).

Luego tenemos al pastor. El sustantivo “pastor” es *poimen* en griego (‘pastor de ovejas’). Esta palabra aparece unas 18 veces en el Nuevo Testamento (6 veces para referirse a Cristo). En Efesios 4:11 se utiliza para hablar del liderazgo de una iglesia: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”. Por lo tanto, la mejor manera de entender la función de un pastor es estudiando la tarea de un pastor de ovejas, con el fin de ilustrar la obra que esta persona hace en el ministerio.

En primer lugar, los pastores guían y mantienen la unidad del rebaño: “Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mt. 9:36); “Salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas” (Mr. 6:34). Por ende, el pastor debe dar las garantías para que la congregación se mantenga unida.

En segundo lugar, el pastor debe reconocer a sus ovejas y apartarlas de aquellas que no son del rebaño, pero se camuflan entre ellas para hacer daño: “... y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos”. En este sentido, el pastor es fundamental para la unidad de la congregación: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, pues escrito está: “Heriré al pastor y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mt. 26:31, compárese con Marcos 14:27).



Y en la protección de sus ovejas: “*Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño*” (Lc. 2:8). Sin embargo, si queremos un estudio completo de lo que significa ser un buen pastor, basta con analizar a profundidad Juan 10.

Nuestro máximo ejemplo como pastor es Jesús: “*Que el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno*” (He. 13:20); “*Vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas*” (1 P. 2:25).

En la Biblia hay tres términos totalmente intercambiables: anciano, obispo y pastor. Pablo llamó a los de Éfeso *presbíteros* (Hechos 20:17), sin embargo, unos versículos más tarde los llama *episkopos* (Hechos 20:28), encargándoles el ministerio de *poimainein* (‘apacentar’) a las ovejas.

Algo similar sucede en el libro de Tito, donde se llama a los pastores “ancianos” (Tito 1:5) y luego “obispos” (Tito 1:7).

Según la regla de Granville Sharp “... cuando una copulativa *kai* conecta dos sustantivos del mismo caso [nombres comunes (ya sea sustantivo, adjetivo o participios)], si el artículo *ho*, o cualquiera de sus casos, precede al primero de los sustantivos o participios, y no se repite antes del segundo sustantivo o participio, este último se referirá siempre a la misma persona que se expresa o está descrita por el primer sustantivo o participio: es decir, denota una descripción más de la primera persona nombrada”. Dicho de una manera más sencilla, cuando el primero de dos sustantivos del mismo caso, que están unidos por una conjunción, está precedido por el artículo, el cual no se repite delante del segundo sustantivo, ambos se refieren a la misma persona. Pongamos por ejemplo el pasaje de 1 Pedro 2:25: “*Vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas*”. Observemos el caso de “al Pastor y Obispo”. En griego es “... *epi ton (ho) Poimena kai Episkopon*”. Como vemos, el artículo *ton (ho)* precede al primer sustantivo [*Poimena (poimen* ‘pastor’)] y no lo vemos repetido antes del segundo sustantivo *Episkopon (episkopos, ‘obispo’)*, por lo tanto, hace referencia a la misma persona. Esta es una clara confirmación de que pastor y obispo son considerados en una sola unidad.

Ahora, ¿existe el don de pastor? Conocemos como pastores a aquellas personas que lideran o gobiernan en las iglesias. Si existiera este don, no sería necesario una lista de requisitos para los ancianos, además no sería posible desearlos. Tanto 1 Timoteo 3:2-7 como Tito 1:5-9 nos presentan una serie de requisitos a cumplir, además de ser aprobados por la congregación. Los apóstoles eran apóstoles, con o sin el reconocimiento de las iglesias, pero no ocurre lo mismo con los pastores.

Por lo tanto, el pasaje de Efesios 4:11 no hace referencia a dones espirituales, sino a responsabilidades constituidas por Dios en las iglesias.



En la lista de los dones no vemos ningún tipo de requisitos para ejercerlos, más que hacerlo con orden y para la edificación de la iglesia. Por otra parte, dentro de los requisitos en 1 Timoteo y Tito no está el de poseer el don de pastorear. A diferencia de los dones, el obispado puede alcanzarse si uno lo anhela o desea (1 Timoteo 3:1).

En Hechos 20:28 se dice que el Espíritu Santo puso a hombres como obispos: *“Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”*. Esto no hace referencia a un don, sino a la manera en que el Espíritu Santo obra en algunos creyentes en su etapa de madurez.

Sin embargo, los pastores deben estar provistos de algunos dones fundamentales: el de presidir o administrar, aunque contar con estos dones no hace a nadie pastor. Por ende, el pastorado es un oficio o posición en la iglesia. Ningún creyente tiene el don de pastor, pero puede ejercer como uno por medio de diferentes dones, siempre y cuando califique según los requisitos bíblicos y sea aprobado por la congregación.

En Efesios 4:11 algunos aplican la regla de Granville Sharp, donde un artículo introduce dos sustantivos, sin embargo, existen excepciones a esta regla en el Nuevo Testamento, sobre todo en el uso del plural: *“pastores y maestros”*. Lo mismo sucede en Efesios 2:20 cuando dice *“apóstoles y profetas”*. Por lo tanto, no es recomendable utilizar esta fórmula con los plurales. Aunque, sin duda, la enseñanza está muy vinculada al pastorado, no podemos decir que pastores y maestros sean lo mismo. Es claro que pastorear no es lo mismo que enseñar. Mientras que el pastor guía y protege, el maestro instruye acerca de los principios bíblicos.

Es cierto que el pastor debe enseñar para llevar a cabo su ministerio, sin embargo, no todo maestro está llamado a pastorear. Los enfoques son distintos. El pastor se orienta hacia las personas, mientras que el maestro está más interesado en la profundización del mensaje bíblico y su aplicación en la vida de los creyentes de su congregación.

Existen pasajes en el Nuevo Testamento que exigen que los pastores sean aptos para enseñar: *“Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar”* (1 Ti. 3:2) y *“... porque el siervo del Señor no debe ser amigo de contendas, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido”* (2 Ti. 2:24). Sin embargo, en 1 Timoteo 5:17 se nos da a entender que hay pastores que no enseñan ni predicar, sino que se dedican a gobernar o administrar la iglesia: *“Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar”*. Parece que la aptitud para enseñar es un requisito, pero no define el pastorado.



Lo mismo sucede con el requisito de tener a sus hijos en sujeción o ser marido de una sola mujer, pues alguien soltero y sin hijos podría sin problemas pastorear sin que esto signifique su descalificación. Con *“aptitud para enseñar”* se refiere a una cualidad no a que deba ejercer dicha cualidad. Lo mismo sucedería con un pastor soltero: en caso de contraer matrimonio lo haría con una sola mujer, y en caso de tener hijos, los tendría bajo sujeción. Dicho de otro modo, el pastor debe estar calificado para enseñar en caso de que deba ejercer esta práctica.

Ahora, algo debe quedar en claro, poco tiene que ver la práctica de enseñar con el conocimiento bíblico de un pastor. Todos los pastores deben ser maduros en el conocimiento y práctica de la Palabra de Dios. No debemos cometer el error de pensar que un pastor que enseña tiene mayor conocimiento bíblico que uno que solo administra, tan solo por ejercer la enseñanza. Cada pastor debe tener sabiduría para guiar y proteger al rebaño.

La palabra “maestro” es *didaskalos* ‘técnico o entrenador’. El maestro por excelencia en las Escrituras es Esdras. En Nehemías 8:8, en la reconstrucción de la nación de Israel, dice: *“... leían en el libro de la ley de Dios claramente y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura”*.

El evangelista gana al incrédulo, el pastor lo incorpora en el cuerpo de la iglesia y lo cuida, y el maestro le enseña las verdades bíblicas y le muestra cómo aplicarlas en su vida.

Un maestro siempre está acompañado de un grupo de discípulos que quieren aprender de él. Aunque el don de enseñanza aparece en las listas de dones de 1 Corintios 12, en Efesios 4 aparece como una función en la iglesia. Por lo tanto, puede haber maestros sin el don de enseñanza. Hebreos 5:12 nos da a entender que cualquier creyente puede capacitarse para ser maestro: *“Debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales, que tenéis necesidad de leche y no de alimento sólido”*. La capacidad de enseñar depende más de la madurez espiritual y el conocimiento bíblico que del don de enseñanza. No obstante, el don de enseñanza puede verse en personas que intentan guiar a otros a través de las enseñanzas bíblicas, aunque aún no estén capacitadas para ejercer el oficio de maestro, ya que esta función requiere de preparación y responsabilidad, algo que el don de enseñanza no tiene. De esto, podemos concluir también que no todo el que tiene el don de enseñanza tiene el rol de maestro, sin embargo, está inspirado por cierto nivel de motivación (*energmaton*, ‘operaciones’, Efesios 12:6) para prepararse como tal.

Por lo tanto, el don de enseñanza impulsa el deseo de enseñar a otros las verdades bíblicas, lo que a su vez implica un proceso de capacitación.



En 1 Pedro 4:11, Pedro divide los dones en dos grupos: los dones de hablar y los dones de ministrar o servir: *“Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”*.

Los dones de hablar son los de exhortación y sabiduría. Estos dones pueden o no ser parte del liderazgo de una iglesia. La verdad es que tenemos muy poco que decir de ellos, pues la Biblia no nos brinda mucha información al respecto. Además, son muy semejantes a los dones de presidir y administrar, por lo que es posible que se traten de los mismos dones con distintos nombres, pues nunca aparecen juntos.

La palabra “exhortación” es *paraklesis* [compuesta de la preposición *para* ‘al lado de’ y el verbo *kaleo* ‘llamar’, es decir “llamar al lado” (por ayuda)]. La idea es la de motivar, consolar, animar y exhortar, es decir, motivar a los creyentes a una acción específica. Aquellos que tienen el don de exhortación deben enseñar a la iglesia cómo hacerlo, para que todos podamos cumplir con el mandamiento de Hebreos 3:13: *“... antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado”*.

La palabra “sabiduría” es *sophia*, “juicio, astucia, discernimiento, entendimiento”, sobre todo en áreas prácticas. Aunque el Nuevo Testamento no enseña nada acerca de este don, encontramos exhortaciones bíblicas a buscar la sabiduría divina y a actuar en base a ella. La sabiduría es adquirida por aquel que escudriña e inclina su corazón a la Palabra de Dios. El don de sabiduría se trata de la capacidad especial para aplicar la Palabra de Dios a situaciones actuales.

Dentro de los dones de servir se encuentran el don de servicio, de repartir, de administrar, de presidir, de ayuda, de misericordia, de fe y de discernimiento.

La palabra “servicio” en Romanos 12:7 es la traducción de la palabra *diakonia* ‘ayuda’ o ‘servicio’. De nuevo, no sabemos mucho al respecto, aunque podemos asegurar que el don de servicio es diferente al de presidir, pues ambos aparecen en la misma lista de Romanos 12. Podríamos definirlo como la capacidad de servir en el ámbito espiritual o físico a las personas menos privilegiadas. Sabemos que el término *diakonia* era utilizado en la iglesia primitiva para hablar de aquellos que asistían a los pobres y a los enfermos. El término fue evolucionando hasta relacionarse con los hospitales. Por lo tanto, el don de servicio lo tienen aquellas personas que procuran cubrir estas necesidades, tanto en el aspecto físico como espiritual.

La palabra “repartir” en Romanos 12:8 es *metadidomi* ‘dar’, ‘presentar’. Tiene que ver con compartir con otros para suplir las necesidades. Aquellos que tienen el don de repartir dan de sus posesiones (muchas o pocas) de manera constante y libre.



Están dispuestos a un sacrificio gozoso para el beneficio del otro. Estas personas son ejemplo de no ser materialistas. Sirven con generosidad y son agradecidos con lo que Dios les permite tener.

La palabra “administrar” es *kyberneo*. La expresión en griego para “timón” es *kybernetes*. El verbo “administrar” aparece solo una vez en el Nuevo Testamento, en 1 Corintios 12:28. Su significado es el de “administrar, gobernar o ser mayordomo”.

Aunque es similar al don de presidir, tiene un mayor énfasis en controlar la dirección y organización de la iglesia.

La palabra “presidir” es *proistemi*, “gobernar, dirigir, administrar o controlar”. En 1 Timoteo 5:17 habla de los ancianos que presiden o gobiernan: “*Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor...*”. Se trata de alguien que tiene dirección sobre alguna cosa y es escuchada por su capacidad de dirigir. Podemos ver el don de presidir en mucha de la bibliografía sobre este tema como “don de liderazgo”.

La palabra “ayuda” es *antilempsis* ‘soportar’, ‘asistir’, ‘servir’. El don de ayuda es la capacidad de servir en cualquier necesidad. Es mencionado tan solo una vez y sin ninguna descripción. La palabra *antilempsis* es la unión de *anti* (‘en lugar de’) y el verbo *lambano* (‘tomar’, ‘soportar’), es decir, tomar el lugar de otro para llevar su carga.

La palabra “misericordia” es *eleos* ‘compasión’, ‘lástima’. Tampoco sabemos nada respecto a este don en la Biblia. La compasión es una característica de todo creyente, sin embargo, las personas con el don de misericordia se destacan en esta área.

La palabra “fe” es *pistis* ‘confianza’. Al igual que con el don de misericordia, todos los creyentes deben tener fe. Sin embargo, las personas con el don de fe tienen un entendimiento extraordinario de la voluntad de Dios y confían en Dios en asuntos que parecen imposibles.

La palabra “discernimiento” es *diakrisis* ‘juzgar’, ‘distinguir’, es decir, saber diferenciar entre cosas. En 1 Juan 4:1 se nos ordena discernir los espíritus, es decir, identificar a los falsos maestros de los verdaderos: “*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo*”, y en 1 Corintios 6:5 se nos ordena a juzgar a los hermanos cuando haya algún tipo de pleitos, lo cual requiere discernimiento: “*Para avergonzaros lo digo. ¿Pues qué, no hay entre vosotros sabio, ni aun uno, que pueda juzgar entre sus hermanos, sino que el hermano con el hermano pleitea en juicio, y esto ante los incrédulos?*”. Muchos aseguran que este don no está en vigencia, enseñando que se trataba de un don exclusivo de la iglesia primitiva. Los que afirman esto cometen el error de asociarlo con el don de profecía, pero como vimos en los ejemplos, son distintos. Dicho esto, no tenemos ninguna instrucción o pasaje que nos indique su terminación. Tampoco es mencionado como un don apostólico, por lo tanto, debemos considerarlo en plena vigencia.